

Le di a leer

mientras tomaba mi sopa una reseña mía sobre su libro recién publicada en Madrid. «Le mostraré otros capítulos que he agregado. Descubrí que el culto a la Diosa lo llevó España a Inglaterra e Irlanda y que Mallorca fue un sitio muy importante de ese culto». Después de unos coñacs y mientras la esposa levantaba la mesa me llevó al estudio. «En este escritorio escribí *The White Goddess*. Estos son los borradores». Me extrañó la pequeñez de su biblioteca, casi como la mía, un estudiante. ¿Cómo podía escribir sobre todos los mitos y leyendas del mundo? «Aquí sólo tengo lo más importante. Lo demás lo busca mi secretario o lo pido a Londres. Por ejemplo tengo un amigo hebreo con la biblioteca hebrea más grande del mundo».

De vuelta a la sala

le conté leyendas de la Diosa Blanca en Nicaragua. La Cegua (*cíhuatl* en náhuatl, que quiere decir mujer) una mujer muy bella que de noche seduce a los hombres para perderlos, y de pronto se vuelve horrible: el pelo tuza de elote y los dientes granos de maíz. La Carmen Aseada en su isla del Lago de Nicaragua, terror de los marineros, que desataba tormentas y calmuras para atraer a los hombres a su isla y no dejarlos ir. Como la Circe del Mediterráneo (cuyo nombre es *círculo* según Graves, por el círculo mágico que la rodeaba) cada mañana trazaba un círculo con su dedo blanco en la arena y sus gallinas, todas blancas, no podían salirse de ese círculo. Muy blanca y muy bella y tan limpia que su guacal para orinar era el mismo para beber. Me dice: “Seguramente en esa isla hubo algún oráculo y probablemente un templo dedicado a la Diosa donde eran sacrificados los hombres. Así fue con las sirenas del Mediterráneo”.

Interrumpió la plática

para dar a los niños la lección de latín y dejarles la tarea de griego. «Por la mañana van a la escuela

pero el latín y el griego se los enseñó yo. Con su madre hablan inglés y español, pero entre ellos sólo mallorquín». Tras la clase él y la esposa, también inteligente y culta, me estuvieron hablando del Londres literario de su tiempo: Eliot, Auden, Spender homosexual el pobre («¡Pero si lo saben todos!»). Y lo confirmó la esposa). Le extrañó que a mí devoto de la Diosa me gustara la poesía de Whitman homosexual. Debía haberle dicho que él era maricón pero dionisiaco y no apolíneo. Y volviendo otra vez a la Diosa: «¿Cómo son las mujeres de su país? Porque en Inglaterra participan en la cultura. Andan con los escritores y artistas. Asisten a sus reuniones. En Mallorca como no pueden salir solas no participan. Las mujeres no entran a los cafés, donde son las tertulias. Le diré una cosa» dice poniéndose de pie: «Cuando en la cultura hay mujeres florece la cultura. Cuando no, hay decadencia». Le dije que en Nicaragua las mujeres habían sido como en Mallorca, pero ahora habíamos logrado tener algunas con nosotros (en mi mente Mimí Hammer y otras). Me firmó el libro que había traído

*Con mucha amistad* (en español)

Había una como mandolina de juguete de los niños y comenzó a tocarla. Le pregunté si se podía ser poeta sin oído musical. «Sí se puede, aunque los trovadores generalmente se acompañaban con un instrumento». Cuando llegó la hora de irme, él, con la esposa y los hijos que también iban al pueblo, me acompañaron. En el camino le pregunté: «¿Éstos son laureles?». Se volvió a verlos asombrado y después recapacitó: «¡Ah es que no hay en América!». Y me fue señalando las plantas clásicas en el camino. «Éste es el acanto. Éstos son habas la planta de la inmortalidad consagrada a la Diosa. Se la ponían a los muertos. Los romanos no la comían por eso. Las flores que están frente a la casa son vincapervincas que era la flor de la Muerte».

Mucho me acordé más tarde de mi plática con Graves y de su libro, viajando por otras partes de Europa donde aún hay restos y señales de la Diosa Blanca. Un pequeño oratorio con una fuente derruida dedicado a las ninfas en el centro de Roma. Un templete redondo de vestales consagradas a Diana en Tívoli. Las ruinas de un teatro etrusco en Fiésole, cerca de Florencia, donde muchachos y muchachas en un pic nic se adornaron con hojas por juego plantas clásicas de la que Graves sabría todos los símbolos y empezaron a bailar ellos con ellas en el viejo teatro en broma, pero movidos por quién sabe qué impulso ancestral, y a jugar que toreaban, y pensé en las sacerdotisas vírgenes que toreaban desnudas por la noche toros blancos en anfiteatros solitarios a la luz de la luna como se cuenta en *Tutankamen en Creta*. Y Capri después llena de viñedos y olivares, y con sus almendros en flor endulzando el aire. Capri que fue la isla de las sirenas, que cantaban según cuenta Homero en un prado blanco por los huesos de los hombres: *¡Acércate Ulises...! Detiene tu barca para que puedas oír nuestro canto.*

A la Diosa Blanca también encontré, y varias veces, en París. La primera con el hallazgo de una sirena real. No sólo las sirenas en pantalones y sueters de todos colores muy ajustados, yendo y viniendo a toda hora en alegres grupos por el Boulevard Saint Germain –que también son reales– sino la fotografía de una sirena real, pescada en la India y con un nombre científico: *Aliquorae indicus*. Veníamos del Sena a nuestro hotelito Carlos Martínez y yo, y vimos en una vitrina lo que creímos sería la foto de algún fetiche africano, una especie de bruja con garras verdaderamente aterradora, pero era la de un pez de la India con cabeza de mujer y brazos terminados en garras y con pechos para amamantar las crías. Medía

dos metros y pico y pesaba 200 libras. Este ejemplar disecado estaba en el Museo de Historia Natural de París. Y nadie en París le había dado importancia, que supiéramos, ni había habido publicidad del hecho de tener una sirena disecada en un museo. Le contamos, recuerdo, a Monique Fong, linda amiga medio china de 19 años, en el Café de los Estados Unidos, y se admiró y dijo se lo contaría a André Breton en la tertulia en que pontificaba y a la que ella iba. Otra vez fue en el Louvre donde también Carlos y yo descubrimos rarísimas esculturas blancas abstractas con curvas en forma de violín o bien como hachas primitivas de piedra bien pulidas, Brancusi *avant* Brancusi aunque la leyenda del museo sólo decía que fueron halladas en islas del Mediterráneo y eran ídolos: ídolos en «forma de violín» y «en forma de disco». Por las curvas de violín nos convencimos de que eran formas femeninas y por tanto de la Diosa Blanca lo que el Louvre que tan sólo les llamó ídolos en forma de violín y disco seguramente no sabría y ya desde entonces en cada visita al museo era obligado pasar echándoles un vistazo. Dio la casualidad que la revista *Time* en esos días publicó las fotografías de unas figuras recién halladas en la isla de Cerdeña exactamente iguales a las nuestras del Louvre, y decía que eran de una diosa a la que se había rendido culto en todo el Mediterráneo.

Al llegar al pueblo acabó mi plática con Robert Graves y allí tomé un taxi para Fomentor, un pueblito en la punta extrema de la isla, donde tomaría el tren a Palma porque el bus volvería a pasar por Deyá

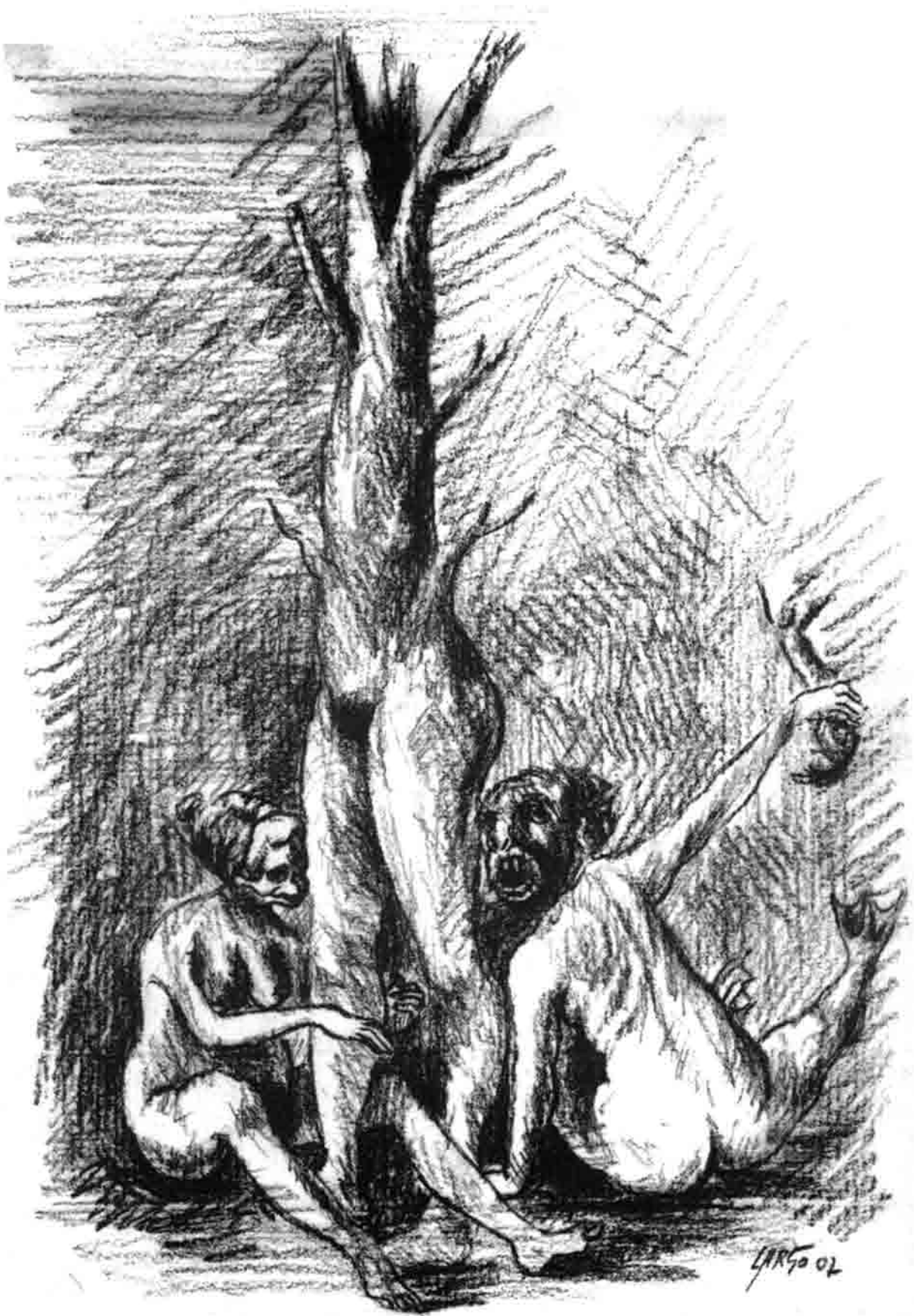
hasta dentro de tres días.

«En Fomentor hay documentos» me dijo Graves «de que allí nació Colón. Yo los he visto».

Fui por una carretera de puras curvas mirando como desde un avión un mar azul zafiro con olitas diminutas y unas inmensas rocas como columnas

casi, en medio mar circundadas de espuma, y alguna  
que otra velita triangular lejos... El Mediterráneo  
«con su aliento yodado y su salino aroma»  
que dijo aquí Rubén.

El auto llegó a Formentor apenas a tiempo para tomar  
el tren a Palma de Mallorca de donde partiría  
después a Barcelona y de allí a Italia por aquel  
mar de Venus y de Homero, de Ulises y las sirenas  
y la Diosa Blanca.



*Le déjeuner sur l'herbe*